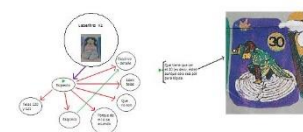


De entre los papeles de un baulito chino

Notas marginales



Que, ateniéndose a las normas del juego en un razonamiento — hicéjalo quien lo hiciese — enteramente sensato y, mi amigo, por una vez en la vida, se mostró enteramente de acuerdo conmigo y, en consecuencia, hubo de ocurrir también en que las cartas a las que hacían referencia los epítetos contrarios en los círculos tenían que ser forzadamente las siguientes:



Y, habida cuenta de que carejaban a la perfección con el esquema, entendíame sin más complicación que la asignación nada más podía ser:

— ¿Qué tía?
— pregunté, sin apartar la vista de los folios.

— Tu tía, la de los gemelos.

— ¿Gemelos mi tía? — Y con la cabeza en mis preocupaciones —: Mi tía nunca tuvo hijos.



— Bueno, pues colombofobia.

— Ah, sí, mi tía... Pero es cobalfobia.

— ¡No jodas!

— ¿Vamos a volver de nuevo a esa bobada?

— No, pero, pensé que...

— Que podía ser divertido, lo recuerdo muy bien — contesté — pero yo te expliqué que para el asunto que nos ocupaba no lo veía y tú, que también lo recuerdo, me dijiste que no importaba, que si no encontraba una solución que me gustase rompiera los folios...

— ¿Y los rompiste?

— No. Claro que no los rompí; en alguna parte los tendré, imagino, a menos que estuviesen, que tampoco me animo a crearlo, entre los papeles que quemó el chico...

— ¿El nieto?

— El mayor, sí. Pero ¿qué importa ahora eso?

— Bueno — él encogiéndose de hombros, aunque su tono me sonó algo sarcástico —, si a ti, que eres, digamos en términos coloquiales “el padre de la criatura” no te importa, ya me contarás cómo salir de todo ese lío.

— De los líos antes o después se sale — repliqué. Y apartando la vista de los folios para mirarlo a él —: Lo que me trae de cabeza es que no sé cómo hemos llegado a esta situación...

— Tu ti...

De entre los papeles de un baulito chino

Notas marginales

– Mi tía se marchaba de viaje; sí. Pero eso no tiene nada que ver.

– Tú tienes — y carraspeó — una forma de razonar un tanto curiosa, ¿no crees?; primero dices que de los líos se sale y luego te angustias por cómo hemos llegado a — tomó el manojito de folios con su mano izquierda y con el índice de la derecha dio un par de golpecitos, pensativo — este laberinto.

Y depositó los folios sobre la carpeta abierta, y él mismo la cerró, y me la puso en las manos con una palmadita afectuosa en el hombro, y dijo “anda, vámonos, que te espera Indalecio”, y nos despedimos y tomamos cada cual nuestro camino, él, imaginé, tan campante y desentendido de problemas porque, ahora, tonto de mí el escritor era yo; y si el escritor era yo a mí me correspondía el desenmarañar la trama de una historia que ya me podían ir aspando si tenía la más remota idea de dónde, ni cuando, ni por qué había empezado ni, a juzgar por las inquietantes deducciones a que conducían los indicios que Lola me mostrase aquella mañana en la pantalla de su móvil ¹, quién la había empezado ni con qué Maquiavélica² intención.

Encendí un cigarrillo y pensando en unas posibles conexiones que se me antojaban imposibles todas (contradicción, a su vez, que sería mejor sustituir por improbables o insostenibles) anduve hasta el metro donde, al ir a echar mano del abono transporte ya en el vestíbulo, me percate de que me había cambiado de americana y lo tenía en la otra. Contemplé entonces la posibilidad de tomar un taxi, pero, de esas veces que las cosas se lían, tampoco llevaba dinero — y absorto como andaba no se me ocurrió sacar dinero de un cajero o decirle al hombre al llegar que me esperase —; así que como la noche estaba agradable opté por ir paseando, tranquilamente, saboreando la quietud y el silencio de los que no es posible disfrutar en estos tiempos tan agitados durante el día.

¹ Véase [Expediente 8549237 G](#)

² “Artera” puede quizá ser suficiente.

De entre los papeles de un baulito chino

Notas marginales

Pero la tranquilidad duró poco — o mucho, si se tiene en cuenta que la distancia que me separaba de casa era grande, y que pudieron pasar por tanto un par de horas — porque, cuando andaba ya cerca, escuché muy próxima la sirena de un coche de bomberos que, cuando dejó de sonar, me dejó oír mucho barullo, como si muchas personas hablasen alteradas al mismo tiempo.

No le di importancia pensando que se trataría de uno de tantos sucesos como tienen lugar por las noches en una gran ciudad, pero, para mi sorpresa, los bomberos y toda la escandalera estaba delante justo de mi portal y, los vecinos, señalaban con sus índices hacia lo alto sin dejar de vociferar.

Miré hacia arriba pero no se veían llamas ni a nadie que quisiera tirarse desde ninguna ventana; y luego hacia abajo y a nadie en la acera que se hubiese tirado. Pregunté entonces a uno de los bomberos “qué pasa” pero fue una de las vecinas que conozco de vista (porque la ventana de su digamos gabinete queda frente a la de mi cuarto de estar), una señora de mediana edad cuyo aspecto hubiera mi tía Luisa con su proverbial elegancia calificado de “alarmante”, la que se apresuró a responder encarándoseme y bramando que “es que, oiga, cuando he llamado a estos señores iba ya por *el mejor modo y término allí usando, a sabia mensajera conveniente*” y que, dijo también, a Rugero fue Alcina tan odiosa cuanto suele bien ser la torpe cosa.

Y que eso no es que fuera todo lo terrible que se llegaba a la larga a poner la cosa “pero — agregó — el canto sexto sí que es”.

— Y eso — concluyó recolocándose la estola de visón que se había echado sobre los hombros encima de la *negligee* de seda negra — es, reconózcalo, muy fuerte.

Y que a esas horas, *hombre por Dios*, a ver si no era el colmo.

Entendí por fin que se trataba de Indalecio, y recordé que había dejado la ventana abierta para que la habitación se ventilase porque había yo fumado mucho aquella mañana trabajando; y eché a correr escaleras arriba para alcanzar a echar la cortina antes de que...

De entre los papeles de un baulito chino

Notas marginales

Pero, al abrir la puerta, allí, en el suelo, había un sobre boca abajo; lo recogí pensando que lo habría traído el cartero por la tarde (aunque me extrañó que no lo hubiese dejado en el buzón) pero, para mi sorpresa, vi que no llevaba franqueo ni nombre de destinatario ni remitente sino, tan sólo, una frase enormemente enigmática que, de forma proverbial, como caída del cielo, venía pintiparada, vamos, que como anillo al dedo, para dar solución al enigma que me había estado haciendo volver loco durante no sabría precisar cuántas horas.

Y experimenté una alegría indecible porque ahora sí que, sin necesidad de inventármelo por contentar a ningún lector, me sentí en verdad enormemente gratificado y, satisfecho de mi perspicacia, deposité los folios sobre la mesa (no los guardé en el cajón como acostumbro), cerré la ventana del cuarto de estar y me acosté convencido de que tan feliz como me sentía dormiría a pierna suelta.

Pero debe de ser que la emoción me desveló, como a los niños cuando están muy contentos, y que tardé en dormirme porque (yo, que me suelo levantar al alba como los buenos escritores con oficio) amanecí pasado muy de largo el medio día y, dándome vueltas en la cabeza en plan machacón, una frase que rezaba “en este caso está Grifón confuso y ve su yerro y nunca ve su enmienda”.

Me levanté, fui al baño (que no sé si hace falta escribirlo, lo primero que todo el mundo hace al levantarse es ir al baño) y luego a la cocina (que también lo hace todo el mundo) y, con una taza de café en la mano me encaminé — esto no lo hace todo el mundo, esto nada más lo hacemos mi tía (que es la titular) y yo que soy el suplente — al cuarto de estar para despertar a Indalecio.

La habitación estaba en penumbra y él, Indalecio, dormía; dormía y durmiendo siguió una vez hube descorrido la cortina...

“¡Qué raro!”, pensé.

Reparé entonces en un post-it pegado sobre el cristal de la fotografía enmarcada del tatarabuelo Olegario, tan imponente él con

De entre los papeles de un baulito chino

Notas marginales

aquellas charreteras,
la letra tan cuidada, tan
Lola:

Es posible que duerma hasta muy tarde... Olvidé usted echar la cortina y cuando he llegado a las 9 (y diez, pero ayer llegué a menos cuarto) andaba ya por ... bueno, yo no me lo sé de memoria, pero he preguntado a doña... esa señora del otro lado del patio que tiene nombre de flor y es una palabra en francés que no quiere decir señora, y ella me ha dicho que son los dos primeros versos de la cuarta estrofa del canto quince así que no es de extrañar que esté variado así que no se preocupe.

explicando con
de niña bien, de

[Clic aquí para agrandar](#)

Y no, no me preocupé; me dirigí entonces al despacho y, ahí, sí que me llevé un buen sobresalto porque sobre los folios que dejé tan contento sobre la mesa la noche anterior había otro post-it en el que se leía, en letra esta bien grande:

*Le convendría ir
pensando en otra
solución porque esto, así
como usted lo plantea, no
puede ser.*

De entre los papeles de un baulito chino

Notas marginales

Y, para poner las cosas en claro cuanto antes mejor, decidí telefonarle de inmediato.ⁱ

ⁱ Y le telefoneé, de inmediato, pero como la conversación que mantuvimos carece por completo de interés y no tiene la menor relación con el cuerpo principal de esta magna obra (es como la denomina mi tía Luisa, que es otra; cuando nos vemos en bodas o entierros siempre me pregunta muy risueña “¿qué tal va tu magna obra?”. A mí siempre me da la sensación de que me está tomando el pelo); como no tiene ninguna relación ni el menor interés la adjunto en [página aparte](#) por si algún lector muy curioso quiere estar al tanto de todos los pormenores que influyeron o condicionaron de alguna forma su desarrollo (el de la magna obra).